

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, NOVIEMBRE 1º DE 1873.

{ NUM. 47.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL PBINE PARLANTE.

Madama de Saint Marcel, casada con un cirujano de los mas afamados de los ejércitos franceses, y hallándose ausente su marido hacia ya varios años, se entregaba enteramente á la educacion de Carolina, su hija única, sobre quien al parecer la naturaleza habia derramado gustosa todos sus dones. Una hechicera figura, gracia sin afectacion, entendimiento despejado, excelente corazon, sinceridad, finura, alegría, todo esto se hallaba reunido en esta doncella, á quien la mucha fama de su padre y sus grandes comodidades daban libre entrada en las primeras reuniones de Paris. A tantas dotes reunia Carolina una instruccion sin pedantería, y muchas habilidades de mero gusto, que en ella habian llegado al supremo grado de perfeccion.

Puede figurarse uno fácilmente cuán querida debia de ser esta jóven de madama de Saint Marcel, y cuánto gusto tendria esta cariñosa madre cuando recibia el premio de sus desvelos en las enhorabuena de cuantos conocian á su hija.

Sin embargo, un defecto harto perjudicial, y sin

que la madre lo notase, se habia mezclado entre las amables prendas que adornaban á Carolina. Esta falta, muy comun en las jóvenes que llegan á la adolescencia; era la manía de ridiculizarlo todo sin respeto ni distincion alguna; de reirse de las cosas mas sencillas; y en una palabra, de mofarse de todos. Carolina se entregaba con tanta mayor seguridad á esta propension, cuanto que, siendo amable, entendida y bien parecida, no temia que con ella usasen de represalias. Por esto mismo, nada se ocultaba á sus penetrantes miradas, á su voluble charla y á sus mordaces burlas. Cuando iba á un paseo, examinaba, censuraba y volvia de piés á cabeza á cada persona; cuando estaba en un teatro, era una continua crítica de la compostura de fulana, de las alhajas de zutana, del talle de esta, de la figura de aquella, de la voz y gesto de la otra; cuando entraba en un sarao, su maligna y ávida mirada hacia eleccion desde luego de sus víctimas; apenas se sentaba, cuando, entablando conversacion sobre aquellos á quienes miraba con ironía, se entregaba á carcajadas y cuchicheos, que servian de martirio á las personas que eran el blanco de ellos.

Los unos, por respeto á la casa en que se hallaban, y por aquel tan poderoso interes que la juventud y la belleza infunden, sufrían en silencio las

amargas burlas de Carolina; otros, ménos sufridos y mas susceptibles, no podian consentir en hacerse el ludibrio de una atolondrada jóven, y murmuraban en voz alta de aquel tono satírico y maligno, que contrastaba tan notablemente con la majestuosa y hermosa figura de Carolina.

Lo que mas particularmente alentaba á esta y la habituaba á tan pernicioso defecto, eran los *vivas!* y las risas de aprobacion que fomentaban sus sarcasmos, neciamente calificados de *chistes*. El gusto de verse rodeada de jóvenes pisaverdes, el de oírlos recoger cuanta hiel salia de su boca, y repetirlo como una cosa *delicada, primorosa, celestial*, y proponerse esparcirlo por la ciudad, todo esto habia viciado insensiblemente el amable candor de Carolina; y hubiera depravado para siempre su índole y buen corazon, si diversos lances harto notables no hubieran instruido á madama de Saint Marcel del funesto extravío de su hija.

Un dia asistia Carolina con su madre á un concierto de abonados, en que se hallaban reunidos los profesores y aficionados mas distinguidos de la capital. Un afamado violin ejecutaba un concierto, composicion suya: en el momento crítico del mas difícil y expresivo *adagio*, reinaba un silencio profundo en todo el teatro, y nadie se atrevia, por de-



cirlo así, ni aun á respirar, cuando de repente Carolina, colocada en la delantera de una tribuna, y burlándose de cuantas personas tenia delante, suelta una gran carcajada, que turba en tanto grado al profesor, que se detiene y queda cortado. Poseidos de indignacion todos los espectadores, fijan la vista en Carolina, y las voces de «¡que echen afuera á la insolente!.....» se oyen repetidas veces en toda la concurrencia. Levantándose madama de Saint Marcel para evitar mayor escándalo, se lleva á su hija, en medio de la rechifla general del auditorio, y con satisfaccion de los verdaderos amantes de las artes, que con mil aplausos trataron de reparar el ultraje sensible é inesperado que aquel músico acababa de recibir, al que pidieron comenzase de nuevo su concierto.

Se quiso saber quién era la impertinente doncella que habia tenido valor para turbar hasta tal grado reunion tan respetable. Pronto se supo su nombre y domicilio, y al siguiente dia le dirigió una carta el director de este concierto, el mas concurrido de todo Paris, en la que le anunciaba que, como la indignacion que habia causado no le permitia presentarse ya en una concurrencia compuesta de las mas selectas habilidades, le devolvía su abono, para no exponerla á que de nuevo la echasen ignominiosamente. El director finalizaba su carta compadeciéndose de Carolina por la reputacion que se habia formado entre las gentes, y aconsejándole que tuviese mayor respeto en lo sucesivo á las artes.

Fué indecible el pesar que Carolina experimentó. Contaba con hacer lucir sus habilidades en este tan afamado concierto. Aun habia estado ya ejercitándose en un concierto de *Steibelt*, que habia de dar mucho golpe. Quiso contestar al director, disculpándose por su imprudencia; pero su madre le dijo que su falta era irreparable, y que era preciso sobrellevar el castigo de ella. Quedó con esto abatida la soberbia de Carolina, y le causó tanto sentimiento no poder concurrir mas á tan lucida reunion, pues por su reconocido talento tenia gusto por la buena música, que brotaron de sus ojos lágrimas de pesar. Madama de Saint Marcel, llena de gozo interiormente por la buena leccion que su hija habia recibido, se negó á todos los ruegos que esta le hizo para que escribiese una carta de excusas al director del concierto, como tambien á todos los profesores afamados que lo componian, esperando que esta privacion corregiria á Carolina de la funesta propension que tenia á la sátira, y particularmente de la intolerable manía de reirse á carcajadas aun de las mas respetables personas.

Carolina fué efectivamente circunspecta por algun tiempo; pero cediendo luego á la fuerza del hábito, se entregó mas que nunca á todas sus mordaces burlas y destempladas risas, y llegó á hacerse tan notable como temible en cuantas reuniones era admitida.

Una hermosa tarde de verano, que Carolina estaba con varias jóvenes sus conocidas en el jardin de las Tullerías, criticaba, censuraba y disecaba á cada paseante con un tono que tenia muertos de risa á cuantos habia á su lado. Solo su madre sufría callando, y hacia por moderar el imprudente buen humor de Carolina. Esta dirigia en la apariencia sus mordaces tiros á una joven que, sentada frente á ella, no tenia mas compañía que un anciano condecorado, quien, segun todos los indicios, era padre ó pariente de la desconocida joven.

Duplicando Carolina sus sarcasmos y bufonadas, se atraía las miradas de todos, y las hacia dirigir sucesivamente á la joven, que se avergonzaba y al parecer experimentaba gran pena, cuando de repente, el anciano que la acompañaba se adelanta con ella hácia Carolina, y presentándosele, le dice con la mas dulce y respetable majestad: «Desagradar á una joven tan hermosa como usted, señorita, es un martirio superior á las fuerzas de mi hija. Por caridad, tenga usted á bien señalarle las ridiculeces que en ella advierte, á fin de que pueda corregirse y llegar, si es posible, á la perfeccion que todos notan en usted.»

El aire majestuoso del anciano, y una sonrisa sardónica con que acompañó estas palabras, probaron

que no llevaba mas fin que vengar á su hija, y dar á la imprudente Carolina la leccion de que era tan merecedora.

Confusa y avergonzada Carolina, no supo qué responderle; y las jóvenes amigas suyas que la cercaban y reian de sus ademanes, se miraban igualmente silenciosas. Madama de Saint Marcel, gozosa con el aviso del anciano, y juzgando por la majestad de su porte y selectas expresiones, que era un sugeto de distincion, le respondió en estos términos: «No sé, caballero, si mi hija puede notar alguna ridiculez en esa señorita; por lo que á mí toca, doy á usted mil gracias por el señalado servicio que me hace en este momento, y desearia que mi hija se asemejase á la de usted.....» Desarmado con esta respuesta el desconocido, se contentó con decir: «Es posible que una tan peregrina figura, y una gracia tan perfecta se hagan despreciar por tanta irregularidad! ¡Quiera Dios que recaiga un dia sobre esa señorita todo el martirio con que está atormentando há ya una hora á mi hija!» Dirigiéndose en seguida á madama de Saint Marcel, añadió: «Al verla á usted, señora, al lado de su hija, la cree uno al pronto digna de mil parabienes..... pero luego dá compasion por ser madre de tal hija.» Acabadas estas palabras, se marchó el anciano haciendo la mas rendida cortesía á madama de Saint Marcel, y dirigiendo una mirada compasiva á Carolina.

Este nuevo lance abrumó de confusion y remordimientos á nuestra joven satírica. La energía con que el ilustre desconocido habia expresado sus últimas palabras, y las lágrimas que brotaron de los

ojos de su hija, tan bella como modesta, habian atraído las miradas y movido la curiosidad de cuantos estaban inmediatos. Cada cual aprobaba en alta voz la reconvencion del desconocido, consolaba á su hija del bochorno que habia sufrido, y murmuraba de la joven impertinente, cuyas destempladas risas y maligna charla escandalizaban tanto como sorprendian en una doncella, que al parecer llegaba apenas á su adolescencia. Fué tan grande y general la reprobacion pública, que madama de Saint Marcel, temiendo ocasionar un desorden, y queriendo aprovecharse de esta ocasion para hacer conocer á su hija todo el peligro de su pernicioso hábito, se salió atropelladamente con ella del jardin de las Tullerías, prometiéndose ciertamente no llevarla otra vez á él, ni exponerse á que la echasen con tanta ignominia.

Este lance hizo la mayor impresion en el ánimo de Carolina. Un profundo silencio, y una melancólica cavilacion se siguieron á los lucidos, prontos, mordaces y malignos dichos que rebosaban comunmente en sus labios. Conoció por la primera vez cuán perjudicial es mofarse de los otros, y que el amor propio ofendido no perdona nunca. Madama de Saint Marcel echó de ver con gozo que su hija comenzaba á pensar en sí misma muy de veras; pero bien convencida de que todavía necesitaba de una gran leccion para estar curada radicalmente, se valió de una ocasion muy favorable que se presentó para ejecutar el plan que habia formado.

[Continuará]

## MELITO Y EL GÜERO.



### XIX

Ya está concluido el cuadro, con su figura principal, con sus accesorios, y no sé si tambien llevará algun texto explicativo; mucho me temo que le ha de hacer falta un rengloncito que diga: *este es gato*. No he visto detenidamente la obra, por lo cual acoun-

sejo á mis lectores que para dar su juicio se atengan por ahora al voto de Melito, el cual asegura que el cuadro salió muy bueno, y que al Güero retratado en él no le falta mas que hablar.





XX

Pero el cuadro necesita un compañero que le haga *pendant*, como dicen los franceses; y lo necesita, por mil razones poderosas, no siendo la menor el que debe constar el castigo del culpable, eternizado en el lienzo para ejemplo de gatos irrespetuosos que se permiten olvidar su condicion y subirse á las barbas á sus amos. «Manos á la obra,» dice el pintor Melito, y busca otro papel. Halla á la mano uno de

igual tamaño, clase y disponibilidad que el anterior; pero como Melito es un niño disciplinado, y no quiere parecerse á su ex-amigo el Güero en sus culpas, pide á su papá la correspondiente vénia. Pero ¡oh sorpresa! Aquel papel, el destinado al segundo cuadro..... ¡es puntualmente el mismísimo que el pobre señor está buscando hace dos horas!!!! ¡Figúrense ustedes cómo se quedaria!

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA IV.

MI ABUELITO.

«Hijo mio, no huyas la compañía de los ancianos. Su presencia te acostumbrará á ser circunspecto en tus palabras, y su prudencia á corregir las faltas que ocasione tu poca experiencia.»

En los felices tiempos en que yo estudiaba latin, aun vivia mi abuelito en un pueblo de Aragon, cerca de Tarazona y al pié del Moncayo. Mi único deseo era que llegasen las vacaciones de Pascua, para ir á darle un abrazo.

Mi pobre abuelo estaba todo el año pensando en cuándo llegaba esta época, temeroso tambien de morir ántes que ver á su nietecillo; así era que al llegar yo parecia rejuvenecerse, me llevaba á su cuarto, llenaba mis bolsillos de dulces, me regalaba algunos libros y me daba algun dinero para repartir á los pobres.

Durante nuestros paseos me decia: «Hijo de mi alma, tu estatura va creciendo, al paso que la mia se encorva. Tú empiezas á vivir, yo concluyo; pero moriré contento porque estoy satisfecho de tí. Sé que te aplicas mucho, y ya sabes cuánto deseo que llegues á ser un hombre honrado é instruido. Tú te vas separando de la niñez; yo me acerco á la muerte. ¿Quien sabe si el año que viene, cuando vuelvas al pueblo, me podrás contar en el número de los vivientes? Dios todo lo sabe y todo lo dispone para nuestro bien; pero cuando ya no exista, cuando

mis consejos no puedan dirigir tu inexperiencia, ten presente en todas tus acciones, ántes de ponerlas en práctica, estas cuatro ideas:

—«Dios me ve.»—«¿Qué pensaria yo de otro si hiciese lo que voy á hacer?»—«¿Qué sucederá si todo el mundo llega á saber lo que he hecho?»—«¿Qué diria mi abuelito si viviera?»

Despues me hacia poner de rodillas..... ¡Ah! cuando recuerdo aquellas tiernas escenas se me llenan los ojos de lágrimas. Las tengo tan presentes, que me parece que fué ayer cuando aquel venerable anciano se arrodillaba tambien á mi lado, levantaba sus ojos al cielo, teniendo en la mano su gorrito negro de seda, y descubierta su cabeza calva y brillante. Despues ponía sus manos sobre mi rubia cabellera y me echaba su bendicion.

No podia yo comprender entónces que aquella bendicion podia derramar sobre mí los bienes de la tierra, reservados por el cielo á los niños bendecidos por la ancianidad.

Sí, hijos míos, *la bendicion de mi padre es la bendicion de Dios.*

*La palabra de los viejecitos en este mundo, es la trasmision de la palabra de Dios en el cielo.*

Sus consejos quedaron grabados en mi corazon; y cuando se me presenta ocasion de hacer una buena obra la hago sin publicarla, porque me basta mi conciencia para decir: «Mi abuelo lo sabe y me bendice.»

—¡Oh hijos míos! la bendicion de los viejos vale mucho. ¡Cuánta sabiduría encierran sus consejos!

Si en vuestra familia hay algun anciano, veneradle, y pedid á Dios os le conserve por muchos años.

«¡Dichosa la casa en que habita y es honrada la ancianidad!»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA CASA.

ARTICULO I.

*Del modo de conducirnos en la calle.*

(Continúa.)

XI

Siempre es un acto incivil y tan solo propio de gentes vulgares el fumar por la calle; pero no podria expresarse nunca debidamente la enormidad de la falta que comete el que lo hace cuando va con señoras.

XII

De ninguna manera llamemos á una persona que veamos en la calle, especialmente si por algun respecto es superior á nosotros.\* El caballero que llamara á una señora, incurriria en una falta imperdonable.

XIII

No está admitido detener á una persona en la calle sino en el caso de una grave urgencia, y por muy breves instantes. En general el inferior no debe nunca detener al superior, ni el caballero á la señora.

XIV

Jamas detengamos á aquel que va acompañado de señoras, ó de cualquiera otra persona de respeto.

XV

Podemos, sin embargo, detener á un amigo de circunstancias análogas á las nuestras, aunque no tengamos para ello un objeto importante; pero guardémonos de hacerlo respecto de aquellos que sabemos viven rodeados de ocupaciones, y de los que, por el paso que llevan, debemos suponer que andan en asuntos urgentes.

XVI

Por regla general jamas debemos detener á los hombres de negocios en las horas de trabajo, sino con el objeto de hablarles de asuntos para ellos importantes ó de recíproca conveniencia, y esto en los casos en que no nos sea dable solicitarlos en sus establecimientos.

XVII

Una vez detenidas dos personas en la calle, toca á la mas caracterizada de ellas adelantar la despedida; mas si se han detenido tres, no hay inconveniente para que se separe primero la ménos caracterizada.

XVIII

Jamas pasemos por entre dos ó mas personas, sean quienes fueren, que se hayan detenido á conversar; y en el caso de que no podamos evitarlo, por ser el lugar estrecho ó por cualquiera otra causa, suspendemos por un momento nuestra marcha, y pediremos cortesmente permiso para pasar por en medio.

XIX

Las personas que se encuentran detenidas evitarán por su parte que el que se acerca llegue á solicitar permiso para pasar, ofreciéndole de antemano el necesario espacio; y harán que pase por en medio, aunque no sea absolutamente indispensable, si es una señora ú otra persona cualquiera á quien se deba tal obsequio.

XX

Cuando las personas que están detenidas ocupen el lugar de la acera, despejarán esta enteramente al pasar señoras ú otras personas de respetabilidad.

\* Respecto de superioridad é inferioridad ténganse siempre presentes los párrafos xxv y xxvi del cap. I.



## XXI

Debemos un saludo, y las señoras una ligera inclinación de cabeza, á las personas que encontrándose detenidas, se abren para dejar libre el paso por la acera ó por en medio de ellas.

## XXII

Cuando una persona ha de pasar por delante de otra, el inferior cederá siempre el paso al superior, el caballero á la señora, y el que va á caballo al que va á pié. Si es una señora la que va á caballo, tan solo cederá el paso á otra señora.

[Continuará.]

## EL DESPERTAR DE LAS AVES.

Las estrellas comienzan á palidecer; la luna dejó de cubrir la tierra con su manto argentado, y allá por el Oriente empieza á tomar el cielo un débil tinte rosado. ¡Qué silencio! Parece como que nadie ha de atreverse á romperlo. Las poblaciones duermen todavía; las flores se doblan soñolientas sobre sus tallos; las aves no se mueven en sus nidos, y apenas se oye de vez en cuando el rumor suavísimo del aire que arrastra las hojas marchitas del bosque. ¡Cuánto mas bello es este cuadro que el bullicio que reina durante el día! Cuando se tiene ocasión de contemplar la pálida belleza de este cuadro, quisiera uno impedir que acabara de borrarse, pues en medio á su serena calma no se puede ménos de pensar en algo muy hermoso, muy consolador.

Poco á poco va cambiándose la ténue luz de las estrellas, por los primeros reflejos solares; un momento mas, y el bello paisaje que admirábamos se cambiará por otro que acaso no sea tan tierno, pero que es sin duda mas grandioso.

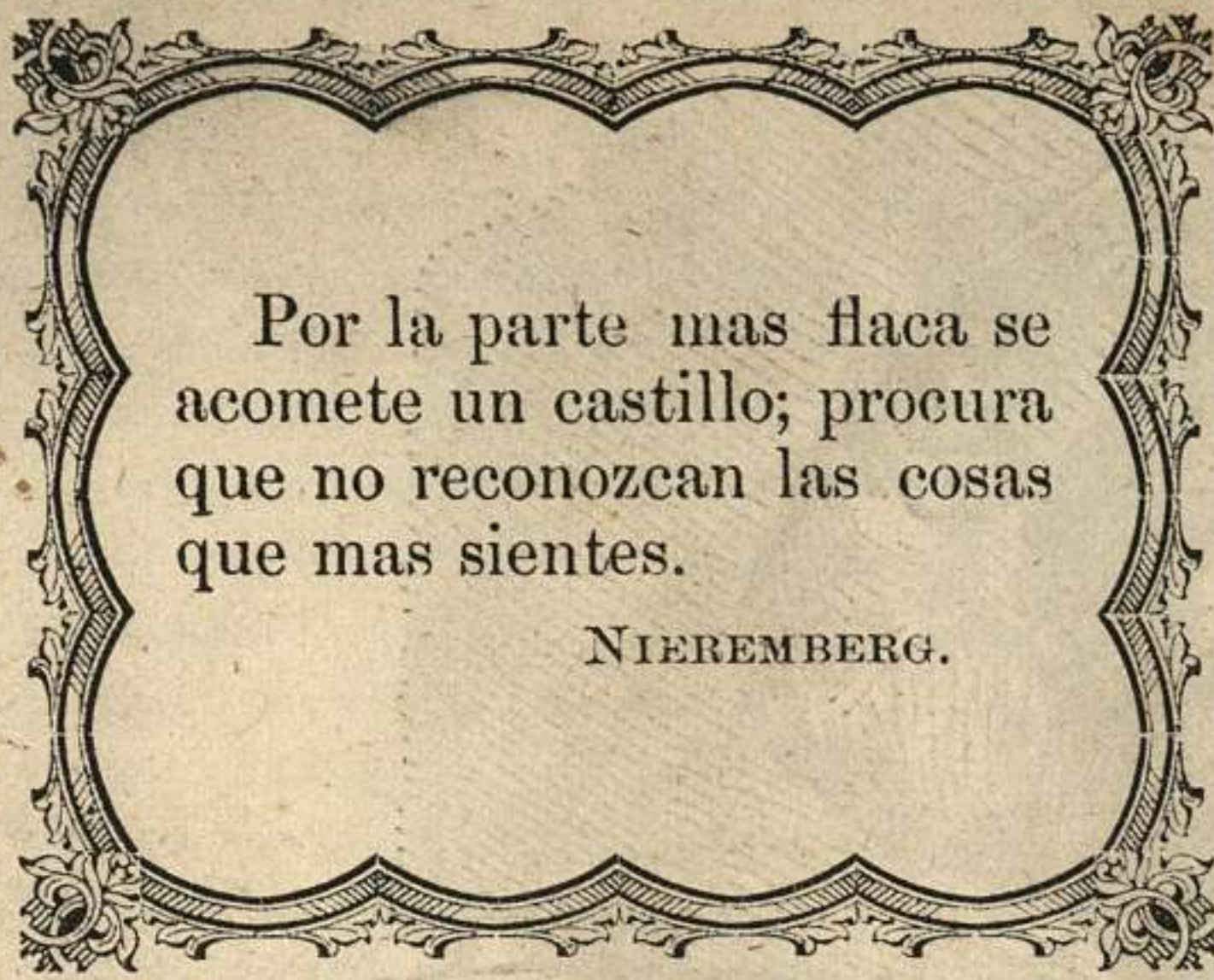
La última estrella ha perdido enteramente su indecisa claridad; las flores se enderezan como si quisieran enterarse de lo que pasa; leves celajes rosados cubren el Oriente; tras de su rico cortinaje manda el sol á la tierra su primer rayo de luz. ¿No oís? Se escucha algo así como las vagas notas que salen de la garganta de un pájaro. En efecto; entre las tupidas ramas de un árbol, distingo un centzontle; levanta su cabecilla, mira al cielo, luego al césped ornado aún con las perlas de la mañana, y lanza una nota débil, observa todo lo que le rodea, vuelve á cantar; otros pájaros contestan á su llamada, pero ninguno se atreve á interrumpir el majestuoso silencio que los rodea. El clarín de la selva rompe por fin en un himno armonioso, y miles de pájaros forman despues de él un concierto matutino de no aprendidas melodías. Cuando el rayo primero del sol cae sobre la tierra, es saludado por multitud de cantares. El alegre centzontle mezcla su ameno *potpourri* al himno grave y sentido del clarín; la bachillera golondrina confunde su interminable charla con las notas argentinas del gilguero; el *ruisñor* une sus escalas descendentes á la triste queja de la tórtola, formando el todo la plegaria de agradecimiento que la creación dirige al Creador; el cántico sublime de la admiración, que entonan en loor de la naturaleza los seres que la pueblan.

ANGELA LOZANO.

Octubre 21 de 1873.

Polilla de la fortuna es la envidia; pero de las dos suertes, mejor es ser envidiado que envidioso: esto es torpe vicio; aquello riesgo honrado.

NIEREMBERG.



Por la parte mas flaca se acomete un castillo; procura que no reconozcan las cosas que mas sientes.

NIEREMBERG.

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El hombre se compone de dos naturalezas, ninguna de las cuales debe sacrificarse á la otra, sino que deben estar mutuamente armonizadas.

La naturaleza corpórea no es únicamente la concha de la incorpórea; no es precisamente la cárcel del alma; sino que es la raíz material del espíritu, la tierra, la base de donde brotan ó se elevan todas las facultades mentales y lo que les asegura su eficiencia.

La naturaleza intelectual no es en cierto modo la flor y el fruto del cuerpo, sino que es un poder separado ó independiente, que reconoce por ley la razón y se gobierna por la fuerza libre de la voluntad; en cierto modo, es opuesta esta á la naturaleza corpórea, que obra y produce sin conocimiento ni voluntad, y bajo la influencia de una ciega necesidad.

El hombre es igualmente un ser intelectual y animal, y solo á ambas cosas pueden dirigirse las miras intelectuales y naturales de su vida, viviendo en una condicion armoniosa; por lo tanto, toda su educación debe tender á un igual desarrollo y adelanto de las facultades, tanto corporales, como intelectuales. La educación física y la instrucción mental, deben marchar, como por la mano, para que ni la una ni la otra sea llevada á un extremo perjudicial á los hombres.—ROTTECK Y WELCKER.

Solo una clase de educación hay en la presente organización del mundo, que pueda darse indistintamente á todas las clases de la sociedad y abraza todas las relaciones humanas: se llama religion.

Como no se limita á determinado período de la vida, ni se ingiere visiblemente en los negocios de la vida civil, y gobierna y educa el corazón mas que la cabeza, no requiriendo por lo tanto disposición en el discípulo, encuentra ilimitadas sus operaciones.

Despierta y mantiene la conciencia de una existencia interior y mas alta, que ninguna cadena sujetará ni opresión alguna podrá domar; y así, es el maestro mas eficiente que enseña la verdadera libertad y la ciencia de aquella igualdad que es la única capaz de sostener las relaciones civiles y que existe en los sentimientos aun de los mas pobres.—VON GETNZ.

## LA CULEBRA Y LA ANGIULA.

(FABULA.)

Pescando con la caña  
La linda Alfesibéa,  
Saca una anguila, y huye  
Creyéndola culebra.

Florinda, al lado suyo  
Una serpiente pesca,  
Y creyéndola anguila,  
Muere, picada de ella.—

A mirar bien las cosas  
La fabulilla enseña,  
A fin de no engañarnos  
Con falsas apariencias.

En tanto, entre dos yerros,  
O en duda grave, extrema,  
Mas vale huir anguilas  
Que acariciar culebras.

## EL HUMO.

(FABULA.)

Calentándose estaba  
Un labrador sencillo  
De su feliz morada  
En el hogar tranquilo:  
Un monte en él ardía  
De encina, roble y pino,  
Convirtiendo el invierno  
En ardoroso estío.

«¡Magnífico, exclamaba  
El labrador, magnífico!  
No hay cosa como el fuego,  
Y más cuando hace frío.  
¿Quién con él no se alegra?  
¿Quién, al mirar su brillo,  
No siente redobladas  
Sus fuerzas y su brío?»

Lo malo es que en la tierra  
Nunca el bien es cumplido,  
Pues todo tiene contras,  
Todo..... hasta el fuego mismo.

El humo, por ejemplo,  
¿A quién no dá fastidio?  
¡Bello don, voto á cribas,  
Natura en él nos hizo!

Díganlo esas paredes,  
O sea esos ladrillos,  
Todos de arriba abajo  
Por él ennegrecidos.

¡Oh, si hacer otra llama  
Estuviera á mi arbitrio!  
Bien pronto á los infiernos  
Volviera el tal humillo!—

Así decía el hombre,  
Cuando uno de sus hijos  
Entra y le dice: «Padre!  
Que se quema el aprisco!»

—«¿Cómo es eso?»—«Lo ignoro;  
Mas si mal no colijo,  
El humo que de él sale  
Es de ello buen indicio:

Pero no hay que afligirse,  
Pues gracias á ese aviso,  
Puede apagarse el fuego,  
Si pronto acudimos.»—

Confuso al oír esto,  
Vuela el padre hácia el sitio  
Donde flotante el humo  
Decía: «aquí hay peligro.»

Allí se hallaban juntos  
Dos ó tres hermanitos  
Del que había la nueva  
Al labrador traído;

Y tal y tan á tiempo  
Fué el acudir los cinco,  
Que ántes de ser incendio,  
Quedó el fuego extinguido.

—«Ahora conozco, dice  
El labrador sencillo,  
Que he sido un papanatas  
En todo lo que he dicho.

Desde hoy en adelante  
Seré ménos borrico:  
Cuando Dios hizo el humo,  
Bien supo lo que hizo.»

Si te acuerdas que eres  
hombre, no te parecerán  
nuevas tus calamidades; y si  
atiendes á las ajenas, no te  
parecerán grandes las tuyas.

NIEREMBERG.